

# Capítulo 5 - Luces Pálidas

- Capítulo 5 - Luces Pálidas

# Capítulo 5 - Luces Pálidas

La vigilante que se encargaba del libro mayor en la entrada del Hostal Rainsparrow se llamaba Valentina, y asistía con el entusiasmo de quien sabe que su hora podría ser absurdamente monótona. Resultó que uno de los almacenes que Angharad había notado en la Calle del Hostal estaba destinado a suministros estudiantiles, incluyendo un juego de tres uniformes nuevos.

— También podrías recoger tu equipo de campo, pero sería mejor que hables primero con tu patrocinador para eso —dijo Valentina—. Ellos te aconsejarán qué más recoger en ese momento.

— ¿Hay alguna forma de saber quién será nuestro patrocinador? —preguntó cortésmente Angharad.

Si existía una manera adecuada de gestionar sus asuntos, preferiría seguirla, pero en ausencia de guía se veía obligada a adivinar. Angharad nunca disfrutaba mucho de las conjeturas. A su padre le encantaban los acertijos, aunque a menudo deploraba su desagrado general hacia ellos.

— Normalmente, el oficial que se encargó de ti debería haberte enviado directamente a ellos —reflexionó Valentina—. Probablemente significa que el tuyo aún no ha llegado a Puerto Allazéi. Oí que el Maestro de Armas está con unos días de retraso, podrían ser pasajeros.

Tristán se inclinó hacia la Pereduri, aunque sin llegar a tocarla ni siquiera a aliviar su respiración. A veces pensaba que era casi un espectro, por lo raramente que permitía sentir su presencia.

— ¿No se supone que tu tío llegará pronto? —murmuró.

Angharad mordió la emoción que intentaba invadirla, consciente de que aún era prematuro. Que el tío Osian fuera su patrocinador sería algo grandioso, pero para haber acumulado la riqueza que se decía que había gastado en protegerla, debía estar en un puesto elevado en la Guardia o en gran deuda. En cualquiera de los casos, ¿podría permitirse pasar años en esa isla perdida en medio de la nada?

— Sería una agradable sorpresa —contestó finalmente.

No bajó la voz, ya que hablar en privado durante una conversación con un tercero resultaba descortés. La noble inclinó su cabeza en señal de agradecimiento a Valentina.

— Gracias por el consejo —dijo.

La mujer mayor desestimó sus palabras con un gesto vago.

— No hay de qué —respondió—. Y si tienes tiempo, te recomiendo que gastes unas pocas monedas en ajustar tus ropas en el almacén. Allí hay un sastre y te ayudará a causar buena impresión si

debes cenar con príncipes de la compañía libre.

Tristán se inclinó, como un sabueso siguiendo el rastro con el hocico.

— He oído mucho hablar de “príncipes” y cosas por el estilo —dijo el hombre, con su acento sacromontano de repente más marcado—. ¿No podrías ayudar a un amigo con su significado?

Valentina lo observó divertida.

— La mayoría no toma como una broma el barro de Murk para lucirse, muchacho —dijo, levantando una ceja—. ¿Qué fue lo que te dio esa pista?

¿Tristán se habrá dado cuenta de algo, entonces? Angharad no lograba entender qué podría ser.

— Tus anotaciones en el libro mayor las pones en el medio —respondió—. Como todos los contables de la camarilla.

— Es más ordenado así —dijo Valentina, molesta—. Y si lo alineas a la izquierda, los Tianxi siempre se enfadan.

Angharad recordaba que el idioma cathayano se lee de derecha a izquierda. No dijo nada, contenta de mantenerse alejada de Tristan, quien no parecía haber ofendido a nadie. La vigilante suspiró.

— Es una cosa que vale la pena tener en cuenta y que merece una advertencia —dijo Valentina—. Como ambos son claramente nuevos en esto, les explicaré cómo funciona. Después de algunos decenios, las compañías libres terminan en una de dos formas: muertos o multimillonarios.

Angharad frunció el ceño, pues parecía un asunto trivial, pero en realidad no podía recordar haber oído alguna vez sobre una pequeña compañía libre. Solo unas pocas operaban en las Islas, y de esas, solo dos estaban establecidas cerca del Reino de Malan — sin embargo, esas dos podían desplegar ejércitos y flotas que harían palidecer a los de cualquier izinduna. Una alianza de grandes señores sin duda los detendría, y la Alta Reina podría destruir a cualquiera con una sola orden. Aun así, no podía negarse que ambas eran fuerzas poderosas.

Supuestamente, el continente conocía compañías libres más pequeñas, especialmente en Izcalli y en los Someshwar, donde siempre había trabajo para los Rooks, pero incluso esas tendrían al menos unos pocos cientos de hombres. Más soldados que los que Madre había llegado a comandar, incluso cuando lideraba una flotilla de exploración.

“Cualquier compañía que tuviera la influencia suficiente para enviar estudiantes a Scholomance habrá existido durante siglos, y tendrá oficiales principales ricos como señores,” continuó la guardiana. “Son sus hijos los que enviarán aquí, príncipes de capa negra acostumbrados a manejar ejércitos privados como si nada.”

Valentina apoyó la barbilla en la palma de su mano.

“Estoy bastante segura de que ese muchacho Thando es de los Singrantes Hienas, y por su reputación, son de ese tipo de grupos que te hacen perder la paciencia.”

La ceja de Angharad se levantó, pues ese nombre sí lo había oído antes. Los Singrantes Hienas eran la compañía libre más grande que aceptaba contratos en Malan, y se decía que tenían su sede en una isla frente a la esquina sureste de la Isla Central. Pero, lo que era más importante, se rumoreaba que tenían conexiones con la corte de la Alta Reina. Aunque este Lord Thando no resultara ser un enemigo, sabría que la Casa Tredegar había sido borrada de los registros de nobleza.

Un pensamiento inquietante.

Ambas agradecieron a Valentina por sus palabras y se despidieron. Primero la bodega, decidió en silencio Angharad, pero ella podía usar una distracción de sus preocupaciones. Volteó a ver a Tristan mientras comenzaban a caminar.

“¿Mencionaste,” dijo mientras salían del hostel, “que el contable de estas ‘coteries’ escribe las entradas del libro en medio de la página? ¿Por qué es eso?”

Él la miró con esa expresión extraña de sorpresa que a veces ponía. Venía y se iba en los momentos más inoportunos, aún no lograba entender la razón de ello.

“Las coteries nunca llevan un solo registro,” explicó Tristan. “Los escribientes llenan el centro, y luego, cuando deben enviar las cifras a los superiores, las copian en el lado izquierdo y cortan esa parte de la página.”

Angharad casi preguntó por qué no simplemente compraban otro libro para escribir allí, pero recordó que esas coteries eran delincuentes menores y que el papel no era barato.

“¿Entonces para qué sirve el último tercio?” preguntó.

No era una caminata larga por la calle, pero le parecía extraño que un lugar tan importante estuviera tan desierto. De las media docena de personas con capas negras que se movían por la Calle del Albergue, solo dos parecían lo suficientemente jóvenes para ser estudiantes, los otros probablemente pertenecían a la guarnición local.

“Depende de a quién preguntes,” resopló Tristan. “Los contables te dirán que es para que haya espacio donde poner sus notas y correcciones.”

La expectativa era evidente.

“Pero,” dijo Angharad con valor.

“Si preguntas a los chicos de las coteries, te dirán que es la contabilidad fantasmas,” explicó el hombre. “Las cifras reales, que los contables extraen y esconden en sus notas.”

La noblewoman frunció el ceño. Incluso los contables delincuentes deberían tener más integridad que eso. Y si no, al menos sentido común.

“¿No son las coterías unos asesinos brutales?” preguntó ella. “Parecería imprudente robarles.”

“Un buen administrador de libros valioso, y las coterías suelen dejar que se les escapen pequeñas irregularidades si mantienen todo discreto y en pequeña escala,” dijo Tristan. “Es difícil encontrar gente instruida en números dispuesta a manejar las cuentas de Murk.”

“No lo entiendo,” admitió Angharad. “Incluso los más pobres asistirían—”

Ah, comprendió con cierta incomodidad. Otros reinos no tenían el isikole, los cuatro años de educación que todos los niños de las Islas debían completar, salvo si sus padres lograban obtener una exención —como la madre había hecho por ella. Los pobres del Sacromonte probablemente no sabían leer ni escribir como en Malan, mucho menos hacer cálculos. Tristan parecía intrigado.

“¿Es cierto que todos los niños malani deben asistir a la escuela, entonces?” preguntó él. “Los marineros dijeron que sí, pero siempre pensé que se referían a niños de buenas familias. O a aquellos que podían pagar, al menos.”

“Me dijeron que en las ciudades más grandes algunos niños se escapan del sistema,” admitió Angharad. “Pero siempre intentan que no suceda. El isikole es una de las bases del reino.”

No todos esos centros educativos eran iguales. Algunos nobles contribuían con las techas rojas levantadas en sus tierras, o financiaban más techos para que no estuvieran tan saturados. Sin embargo, las lecciones seguían siendo en su mayor parte las mismas, aunque, si uno se interesaba en los rumores, se decía que en Uthukile cualquier escuela que enseñara a los niños La Paz de los Nueve Juramentos —la séptima de las nueve Grandes Obras— terminaba prendiéndose fuego accidentalmente hasta dejar de hacerlo.

Angharad nunca había leído esa obra, pero su padre decía que cubría las muchas guerras entre los reinos que unieron la Baja Isla y la Media, a menudo presentando a los primeros como los demonios de la historia. Los libros malani siempre enseñarán lecciones malani, le había dicho. Se decía que esa obra era más favorable al antiguo Reino de Peredur, quizás porque sus príncipes guerreaban más entre sí que contra los gobernantes de la Isla Media.

Angharad negó con la cabeza, reprimiendo la ensoñación. Las Islas estaban muy lejos, y no volvería a verlas por muchos años. Permanecerían en su memoria, mientras los asuntos presentes no lo hicieran.

El almacén era un montón encorvado de mampostería que parecía casi expectante, aunque en su interior estaba cubierto de paneles de madera. La parte frontal era un mostrador largo, tras el cual varias puertas estaban cerradas, atendidas por una mujer someshwari alta, que jugaba distraídamente una partida de Solitario, con las cartas extendidas frente a ella. Miró al entrar cuando ellos, no muy contenta, se presentaron, sin parecer mucho mejor dispuesta que con su juego.

“¿Qué necesitan?”

“Acabamos de llegar,” dijo Angharad. “Venimos a recoger nuestros uniformes.”

“Quédate aquí, comprobaré si el sargento Andrés tiene un momento,” dijo la vigilante, frunciendo el ceño hacia ellos. “No toquen mis cartas.”

Angharad levantó una ceja en señal de desacuerdo y asintió, sin decir palabra mientras la someshwari abría una de las puertas y desaparecía en un pasillo tenuemente iluminado más allá. Tristan, que no prometió nada, se inclinó sobre el mostrador para echar un vistazo a las cartas.

“Está atrapada,” informó.

“Ella está de turno,” dijo Angharad con desaprobación.

Si la someshwari estaba tan aburrida, debería haber encontrado algo útil que hacer en lugar de perder el tiempo así. Los juegos de cartas eran para fiestas nocturnas, no para las horas destinadas al servicio. Cuando la vigilante regresó, Tristan ya se había alejado del mostrador, aunque ambos recibieron una mirada sospechosa.

— Él te verá — dijo ella. — Placas.

Entregaron las placas, y tras resoplar al ver el número que ella les había dado, las devolvieron. Fueron conducidos a una sala estrecha en la parte trasera del almacén, llena de armarios y pilas donde yacían montones de ropas negras de diferentes tallas, en cantidades que podían considerarse considerables. El sargento Andrés resultó ser un anciano de cabello canoso, cojo, parecido a un licenciado Lierganen, acompañado por una ayudante — una niña pequeña que no tendría más de doce años.

— Siéntense, siéntense — resopló el sargento Andrés. — Vamos a vestirme adecuadamente.

El anciano llevó una cinta de cuero marcada con medidas y empezó con Tristan, tomando notas sobre la anchura de los hombros y el largo de sus piernas, enviando a la niña a buscar las tallas. Tan pronto como el sacromontano fue enviado a vestirse en el armario, el sargento se acercó a Angharad, quien permaneció pacientemente mientras él le tomaba las medidas. Era una sensación familiar, aunque Emyr — el sastre del hogar de Llanw Hall — había sido la mitad de la edad de Andrés y mucho más ágil.

— He oído que los uniformes pueden ajustarse por una tarifa — dijo Angharad, desviando la mirada.

— ¿Cuál? — preguntó el sargento Andrés. — Existen tres tipos, mi niña, aunque puedo trabajar en los tres si lo necesitas.

Resultó que Angharad ya había encontrado dos de los tipos de uniforme sin saberlo. La combinación que Song y Maryam habían comenzado a usar en las Vistas de la Feria — tunica, camiseta interior, pantalones y capa — era lo que Andrés llamaba el “uniforme regular”.

— La mayoría de los estudiantes ya poseen ese conjunto, o incluso varios — dijo el anciano. — Si no es tu caso, puedes adquirirlos aquí a un precio reducido.

Asintió, agradecida por la información, y recibió una expresión de desconcierto por respuesta.

— ¿No te informó tu patrón de esto?

— Me han dicho que quizás aún no hayan llegado a Tolomontera — respondió Angharad.

El sargento Andrés tsskteó con desaprobación.

— Entonces no te conseguirás un uniforme de la guarnición — dijo. — Pobre de ti, aunque dado el número de tu placa, probablemente lo pediste.

Angharad no rodó los ojos ante la superstición de Lierganen, pero estuvo a punto de hacerlo. El sargento siguió hablando mientras Tristan regresaba y se le medía de nuevo, explicando que el uniforme de combate — el de pelear, lo llamaba — tenía una base similar a la del uniforme regular, pero llevaba sobre la túnica un abrigo largo hasta la rodilla, de grosor notable y con muesca en el cuello. Angharad recordó que la sargenta Mandisa había llevado ese mismo tipo de abrigo en el Viejo Fuerte.

Una vez que tanto ella como Tristan fueron ajustados para ese uniforme, el anciano midió también el formal.

— Es bastante decorativo — dijo Andrés. — No apto para ejercitarse. Solo te lo harán poner en unas pocas ceremonias al año, así que si lo cuidas bien, quizá no necesites otro durante tu tiempo en Scholomance.

La pieza central del uniforme formal era una chaqueta negra de manga larga y cuello, con botones plateados y que llegaba hasta la mitad de los muslos de Angharad. Ajustada sobre una camisa pálida, ceñida a la cadera y con una hebilla plateada que comprimía su vientre. Había elegido el color de las rayas que bajaban por los pantalones holgados — verde — pero las botas duras y brillantes en las que estaban metidas no eran negociables. El anciano le ofreció algunas opciones adicionales.

— Lo más común es una capa ajustada — explicó —. Aunque también son populares las hombreras ornamentadas, y en algunos casos se demandan envoltorios de tela para las piernas — en concordancia con la raya, por supuesto.

Él añadió con naturalidad que estos gastarían en monedas personales o en fondos de la brigada, momento en el cual Angharad quedó paralizada. Se dio cuenta, demasiado tarde, de que en realidad no tenía ninguna moneda consigo—ni siquiera las que le quedaban—y no había solicitado formalmente el permiso de Song para utilizar fondos de la brigada. En realidad, ni siquiera estaba segura de si tal cosa era posible, en lugar de retirar las monedas de la brigada del lugar donde estuvieran almacenadas.

Alejándose torpemente del anciano, aclaró su garganta al ver a Tristan guardar su uniforme formal. ¿No pensaba ponérselo? Sin duda, era su elección para aquella noche.

“Reconozco esa expresión,” dijo el hombre de ojos grises, inclinándose hacia ella. “¿Se trata de un cadáver o de un préstamo?”

Angharad volvió a aclarar su garganta. ¿Por qué necesitaría ayuda con un cadáver? Presumiblemente, ella sería la responsable de su existencia, por lo que cualquier ayuda sería ya demasiada.

“Me he dado cuenta de que no llevo fondos conmigo,” admitió con reluctancia. “Estaba pensando si quizás...”

“Entonces será un préstamo,” dijo Tristan. “Te cubriré para la prueba, pero dudo que tenga suficiente a mano para esa enlstedada de espaldar que querías comprar.”

Decepcionó a Angharad, lo admitiría en silencio. Era una pieza llamativa y le daría un toque de distinción a su chaqueta. Pero, en el fondo, no se quejaría de que le hicieran un favor.

“Gracias,” dijo ella. “¿Acordamos la tarifa?”

El hombre tosió con la mano, como si se ahogara.

“No voy a cobrarte intereses por unos cuantos centavos, Angharad,” dijo Tristan.

Parecía algo horrorizado.

“No soy un-” empezó, pero cambió de tema con delicadeza a la mitad de la frase, “—bueno, no soy ese tipo de ladrón.”

Que recordara sus crímenes pasados era lamentable, aunque su honestidad era digna de elogio.

“Me honras,” afirmó Angharad con rigidez.

“Te lo pago con unos tomates verdes inmaduros en la calle Cato,” replicó con tono seco. “No nos pongamos demasiado emocionados.”

Parecía no ser consciente de la declaración que hacía al no establecer una tarifa: consideraba que ella era lo suficiente honorable como para aceptar una deuda sobre todas las demás consideraciones y devolverla lo antes posible. Un honor reservado solo para amigos de confianza entre los nobles. Un cumplido pesado, cuya gravedad le incomodaba. No los consideraba tan cercanos, aunque aceptar indicaba precisamente eso. Por otro lado, al rechazarlo, los insultaría a ambos, lo cual tampoco era mejor.

Que Tristan no se diera cuenta de cuán hábilmente la había atrapado solo hacía que todo fuera peor. Era como ser derrotado en una partida de tabula por alguien que no se daba cuenta de que podía capturar sus piezas.

“Gracias por el préstamo,” logró decir Angharad con la voz entrecortada.

Él formaba parte de su círculo, y habría tenido que aprender a considerarlo un aliado confiable, independientemente de ello. Esto era solo otra razón para hacerlo, no una maniobra astuta en la que había caído. Con los fondos asegurados, el anciano vigilante ajustó la ropa formal de ella, usándola como ejemplo para la joven—que podría ser tanto aprendiz como asistente. Para su sorpresa, Tristan decidió no encargarse de que le hicieran un uniforme a medida. Era más delgado de lo que la ropa de su tamaño podía justificar.

El sargento Andres realizaba un trabajo de calidad y a un ritmo impresionante. Angharad quedó muy complacida con la holgura en sus hombros y con el ajuste de los pantalones, que ahora le quedaban mejor a sus piernas. Como terminaron con tiempo de sobra antes de comenzar la noche, su próximo destino fue claramente evidente: el hammam se encontraba en el extremo derecho de la calle Hostel, que anteriormente había mencionado el sargento Ito.

Existían baños públicos separados para hombres y mujeres, pero Angharad también se alegró al descubrir que había bañeras de bronce en recovecos privados. Tristan no resistió la sugerencia de lavarse, ni cuando ella insistió en que peinara su cabello.

—Es un esfuerzo condenado, pero haré un valiente intento —le garantizó Tristan con una sonrisa.

Angharad fue de un lado a otro llevando un cubo para llenar su propia bañera con agua casi hirviendo, extrañando el thought de un baño decente después de tanto tiempo en el mar. El calor y la humedad del cuarto eran agobiantes al principio, pero se acostumbró después de relajarse en la bañera con un frasco de aceites fragantes —lavanda y jazmín— para su cabello y un jabón de olor dulce. Una sorpresa agradable, esa parte final, aunque supuso que era sensato que el buen jabón tebriano sería más barato en las cercanías del Mar Tebriano.

Aunque no pudo permitirse el lujo de disfrutar realmente, Angharad salió de su bañera sintiéndose más limpia que en meses. Secó cuidadosamente su cabello y lo trenzó —de manera sencilla, aunque pediría ayuda a Song para un peinado más elaborado al día siguiente— y luego probó su nuevo uniforme formal.

Al mirarse en el espejo del vestuario del baño, Angharad decidió que estaba bien. La ropa todavía ajustaba un poco en los hombros, pero eso era a propósito. El corte la hacía parecer más curvilínea de lo que realmente era, pero no resultaba incómodo y dejaba espacio para las ataduras. Satisfecha de estar presentable, ceñó su sable y volvió al vestíbulo principal.

Tristan la esperaba allí, apoyado en la pared con su ropa fresca. La ropa de combate adecuada para él. Pensaría que era una tontería si no la viera ahora, pero en realidad el grosor del abrigo le daba una apariencia más robusta, permitiendo que las arrugas en la tela parecieran intencionales. En uniforme formal parecería una rata delgada, reflexionó Angharad, pero bajo el abrigo y el oscuro manto con cuello se veía como un verdadero miembro de la Guardia.

—¿Vamos? —preguntó el Sacromontano.

Ella asintió. No sería prudente llegar tarde. Regresaron al Hostal Rainsparrow para guardar su ropa sucia y las que no habían usado, pero Song les dejó un mensaje con Valentina. Maryam estaba dormida, escribió, y por eso pidió que dejaran sus asuntos en una consigna. La propia Song se ofreció a llevar sus pertenencias a la habitación cuando regresara de su exploración por Port Allazei. Era incómodo, pero Angharad decidió no ser una desconsiderada y aceptó el acuerdo.

Además, Song había dejado otra línea y media en la parte inferior del papel. Aprende lo que puedas sobre los otros cabales —le indicó—. Busca aliados potenciales. Si no puedes hacer amigos, entonces deja una buena impresión. Angharad asintió lentamente consigo misma. Eso podía hacerlo. No era muy diferente de que su madre le dijera que fuera amigable con las hijas e hijos de las casas con las que quería establecer buenas relaciones. Tristan ya había apartado sus asuntos cuando ella salió de sus pensamientos, esperando fuera por ella.

—Pregunté en qué lugar se encuentra ese Antiguo Teatro cuando todavía estabas en los baños —le dijo Tristan en la calle—. Está a solo unos minutos de aquí, más o menos sé el camino.

—Entonces, adelante, Tristan —dijo Angharad, ajustándose la capa.

Se sentía apretado, pero no tanto como la tensión en su estómago.

--

El paseo duró más de lo previsto, en gran parte porque tomaron su tiempo para observar con calma.

¿Y por qué no? Todavía era temprano y esta era su primera vista de Puerto Allazei. Angharad encontró las calles extrañamente anchas, como si esta fuera una ciudad hecha únicamente de avenidas, pero pronto se dio cuenta de que el barrio alrededor de los muelles era muy diferente del resto de la ciudad. Estaba cuidado y habitado, aparentemente lleno de cuarteles, depósitos y tiendas. Más allá, revelado por franjas de luz en rojo y oro, vio cómo Puerto Allazei se desmoronaba en ruinas. Muros colapsados, árboles atravesando techos dañados y enredaderas tan gruesas que cubrían las calles de adoquines como una alfombra.

“Una ciudad muerta,” dijo ella.

“Pero aún en uso,” replicó Tristan. “Hay senderos a través de las ruinas que se mantienen cuidadosamente abiertos. La Guardia patrulla por aquí.”

“¿Contra qué?” preguntó Angharad.

“Eso,” musitó él, “es la cuestión, ¿no es así?”

El Antiguo Teatro estaba cerca del borde de ese anillo de la ciudad habitada, lo suficiente para que más allá estuvieran un puñado de santuarios colapsados cuyos escombros inutilizaban las calles. Desde la distancia, la estructura parecía solo una colina de piedra inclinada atravesada por escaleras, aunque las luces y los sonidos flotantes dejaban claro que era el lugar correcto. La pareja subió apresuradamente por el lado de la colina y, al llegar a la cima - en el ápice de las

escaleras – sus pasos tropezaron.

“Esperaba algo como un teatro de Lierga,” dijo Tristan.

“Yo también,” admitió Angharad. “Esto es... diferente.”

Incluso en las islas, el Segundo Imperio había construido algunos de sus famosos teatros, esos grandes semicírculos de gradas de piedra que descendían hacia una franja elevada de mármol donde los actores representaban sus papeles. Angharad no había ido a la capital en el circuito de duelos, por lo que nunca vio el Ojo de Navaron, pero sí había visitado Kalundi en el suroeste, donde los lierganos construyeron una estructura impresionante que aún resistía siglos después de colocar la última piedra.

El Antiguo Teatro no se parecía en nada a lo que ella había visto en Kalundi.

No ascendía, sino que descendía, al menos en sentido figurado. Los artesanos antiguos habían tomado lo que debe haber sido una colina baja pero ancha y tallado el exterior, una gran extensión de piedra cubierta ahora por relieves desvaídos y símbolos extraños. Tres conjuntos de escaleras subían lentamente, anchas y pristinas, y en la cima de la colina se desviaba el camino: el interior había sido excavado. Tres círculos concéntricos de alojamientos – el más grande en la parte más alta – llenaban el interior, casi como niveles.

En el extremo inferior, un último círculo, una plataforma en el suelo, debía ser el escenario del teatro.

Hace mucho, los alojamientos estaban destinados a ser independientes, con pequeñas paredes que los dividían, rematadas por techos planos de delicado hierro que parecían enredaderas, pero la naturaleza había decidido lo contrario. La hierba crecía entre los azulejos agrietados, los árboles conquistaron las paredes y las enredaderas con flores fragantes cubrían todo como un tapiz. Los tres círculos parecían largos jardines llenos de pequeños rincones, y efectivamente, así estaban siendo tratados.

En la planta baja, algunos pabellones de tela se habían levantado y mesas se colocaron debajo de ellos, cargadas con vasos y pequeños platos de bocados coloridos. Las mesas estaban atendidas por unos pocos sirvientes vestidos de forma sencilla, pero lo que realmente llamaba la atención eran los invitados: todos vestidos con ropas negras de la Guardia, aunque cada uniforme era ajustado y sutilmente diferente. Debían ser unos treinta, ninguno mayor en edad que Angharad por más de un año o dos.

Charllaron y rieron entre los pabellones, aunque algunos parecían pasear placenteramente por el nivel más bajo de las posadas. Parecía, pensó Angharad, una fiesta en el jardín. La misma que había asistido durante gran parte de su vida, aunque, admitámoslo, los invitados eran notablemente más diversos.

— Allá abajo está Tianxi, así que no puede tratarse de una reunión exclusivamente noble —observó Tristan—. Y, por sus apariencias, ninguna nación lleva la delantera; es extraño eso. Esto debería ser un juego de alguien.

Angharad frunció el ceño.

— No es así. ¿Alguna vez has llevado un uniforme hecho a medida, Tristan?

— Nunca he llevado nada a medida —respondió con gracia—, a menos que cuente los arreglos que hago a mis propios desgarrones.

¿Ni siquiera una camisa? ¿Qué tan costoso podría ser tener una camisa hecha a medida, se preguntó el Pereduri?

— Que te la ajusten no lleva mucho tiempo, ni requiere más trabajo que lo que el sastre hizo antes —le explicó ella—. Pero un uniforme ajustado no es lo que llevan allá abajo. Veo al menos media docena de estilos distintos —¿ves al hombre con el femenino medio-capa de seda?, o a esa joven con las mangas en capas. Ese tipo de detalles requiere tiempo, un artesano hábil y monedas.

Sus ojos grises se estrecharon.

— Moda —dijo él—. Es decir, esto es moda cloaca negra.

En cierto modo, eso fue un alivio. Significaba que, cuando Angharad ahorrara lo suficiente para adquirir prendas más finas, habría tiendas adaptadas a sus necesidades. La idea de que los hijos de simples oficiales militares constituyeran una especie de nobleza especial en la Guardia parecía extraña, pero también tenía sentido de alguna manera. Los Rooks no podían reclutar a sus capitanes únicamente entre nobleza foránea; era natural que criaran a los propios.

— Ven —dijo ella con entusiasmo—. Descubramos más.

Este evento, organizado en los terrenos escolares y no una recepción formal, no hizo que Angharad se sintiera ofendida por la ausencia de sirvientes esperándolos al comenzar su caminata. La pareja recorrió los senderos del jardín en los dos primeros anillos, dando vueltas y más vueltas, hasta que llegaron a un pequeño pabellón al comienzo del tercer círculo, donde esperaba un hombre sonriente de Lierga, vestido con una túnica sencilla pero pulcra. Sostenía un pequeño libro y un pedazo de carbón afilado.

— Buenas tardes —dijo el sirviente, con un tono suave y armonioso—. ¿Puedo suponer que uno de ustedes trae una invitación?

— La tengo —contestó Angharad, mostrando la carta.

Se la pasó a Tristan, quien se la entregó al hombre sin pestañear. El sirviente la inspeccionó por un momento, luego inclinó la cabeza.

— Lady Angharad Tredegar y...

— Tristan Abrascal —lo completó ella—. Ambas en la Brigada XIII.

El gesto de dolor en el rostro del sirviente al mencionar ese número desapareció tan rápidamente que ella casi pensó que lo había imaginado.

— Señor Abrascal —añadió el hombre—. Le damos la bienvenida en nombre de Lord Thando y la Capitana Nenetl, quienes organizaron esta pequeña reunión.

Hizo una pausa, dejando que asumieran sus agradecimientos.

— Disfruten y mezclarse con los invitados a su antojo —continuó el hombre con una sonrisa—. Habrá un pequeño discurso al final de la velada, pero no se harán demandas adicionales a su tiempo. Este es un evento informal.

El sirviente se apartó, invitándolos a avanzar por el jardín circular, y Angharad dio un paso adelante con entusiasmo. Tristan la siguió, aunque ella sintió que él miraba atrás después de un momento, dejando escapar un sonido de interés. Ella arqueó una ceja cuestionadora.

“Él está escribiendo en ese pequeño libro suyo”, dijo el Sacromontano. “Demasiado para que sean simplemente nuestros nombres y la compañía. Apostaría a que es algún tipo de espía que observa a todos los que pasan por nuestros benevolentes anfitriones.”

“Él simplemente podría estar anotando nuestras armas y nuestra postura”, dijo Angharad con un toque de reprimenda.

El hombre lanzó una mirada en su dirección.

“Podría ser”, respondió con amabilidad.

Tristán escondía su duda con suficiente destreza como para que fuera injusto enfadarse con él. Muy injusto. Fue pura casualidad que las raíces sobresalientes de un árbol obligaran a Angharad a adelantar el paso y que la funda de su sable golpeará su pierna. Él chilló, rodó los ojos con la máxima insolencia hacia ella, pero luego su rostro se volvió serio.

“Nos estamos acercando a los invitados que pasean,” dijo. “Supongo que en una noche como esta sería como una piedra en tu cuello, así que me haré a un lado.”

Angharad se enderezó rígidamente, con la espalda recta como una varilla.

“Eres mi invitado, y ni descortés ni imprudente,” dijo. “Nadie puede objetar con honra tu presencia a mi lado.”

“Creo que ese podría ser el cumplido más bonito que me han dado en años”, respondió Tristan con humor. “Pero no hace falta que pienses que me abandonas, Tredegar. Estoy aquí para cuidarte y para investigar, ambas cosas serán más fáciles si no sostienes mi mano.”

Angharad estuvo a punto de discutir el tema, pero sabía que sería la culpa hablando si lo hacía. Culpa por haber sentido una chispa de satisfacción ante la idea de poder disfrutar de una velada con sus pares sin tener que guiar a un hombre de baja condición a través de la alta sociedad. No

era una deserción, se dijo a sí misma, si separarles servía mejor a sus propósitos. Era seguir un plan.

“Entonces hagámoslo así,” dijo Angharad. “¿Al menos nos vamos juntos?”

“No es recomendable,” dijo Tristan. “Podría irme temprano para seguir la pista.”

Ella inclinó la cabeza ligeramente.

“¿Y qué pista sería esa?”

“Los sirvientes que manejan todo esto,” afirmó. “¿De dónde son?”

Eso, pensó Angharad, era una pregunta interesante. Ningún estudiante debería traer sirvientes, pensó, y su origen no haría diferencia en esto. En términos estrictos, Angharad no ha sido una dama titulada desde que su casa fue borrada de los registros de nobleza en Malan, pero ya había renunciado al título al inscribirse en la Guardia.

Era un límite delicado al que incluso podría llamarla Lady Angharad, aunque al no incluir el nombre de un territorio —como su perdida Llanw Hall— podría considerarse que llamarla dama sería solo un título de cortesía. Además, fue invitada por un supuesto ‘Lord Thando’, así que claramente no era la única que usaba ese estilo.

“Que el Ángel Durmiente te proteja, Tristan,” le deseó Angharad.

“Primero tú, Tredegar,” respondió con facilidad.

¿Era esa una bendición tradicional de Sacromontano? La memorizaría, tenía un encanto rústico. Se separaron en una curva del jardín, cada uno tomando un lado diferente de un árbol atravesado por un rayo, y en cuestión de momentos perdió de vista al de ojos grises. Aunque sabía que Tristan alguna vez fue ladrón, pensó que su habilidad para desaparecer en el fondo era realmente admirable.

Continuando sola por el sendero del jardín, Angharad saludó a algunos otros invitados que cruzaban en sentido contrario, solo con cortesía, sin siquiera presentaciones, ya que eso sería inapropiado antes de haber encontrado a sus anfitriones. Bajó con ligereza la última escalinata y se dirigió a los pabellones; algunas miradas se posaron en ella —aunque otras sí— y, antes de que pudiera comenzar su búsqueda, fue interceptada.

La pareja se acercó a ella juntos y debe admitir que, a primera vista, parecían una pareja bastante inusual y divertida.

El hombre era un malani bajo y delgado, con orejas mochas colgando por encima de demasiados pendientes de oro. Aunque su rostro era más regular que feo, tenía una grande verruga en la esquina de su ceja izquierda que llamaba la atención. La mujer, en cambio, era tan alta como corpulenta. A simple vista, aunque más bronceada que Tupoc o Yaretzi, poseía rasgos sorprendentemente delicados. Como si la cara de una muñeca hubiera sido colocada encima de un

rostro redondo como una vejiga de agua.

Un vistazo más detenido, sin embargo, corregía esas primeras impresiones. La mujer aztlan – que, a decir verdad, sería Captain Nenetl, aunque no le convencía la certeza – tenía callos en las manos como si hubiera entrenado con la espada durante años, y se movía con una fluidez que desmentía su tamaño. En cuanto al probable Lord Thando, llevaba un intrincado tatuaje verde en el lado del cuello, cuyo patrón ella reconocía vagamente. Esas formas geométricas afiladas en patrones curvilíneos eran un símbolo de honor, un premio otorgado por los izinduna a quienes habían prestado un servicio extraordinario a una casa importante.

Un hombre al que había que tener cuidado, si era su enemigo.

“¿Lady Angharad, presumo?” preguntó la mujer aztlan con una sonrisa.

Sus dientes eran torcidos, uno había partido, pero su voz era suave y dulce como la miel. Era una de esas almas afortunadas que nacieron con un talento natural para hablar.

“Así es,” respondió Angharad, haciendo una breve reverencia. “¿Estaré hablando con la capitana Nenetl?”

“Nenetl Chapul,” confirmó. “Capitana de la Tercera Brigada. Y a mi lado—”

“Puedo presentarme, Nenetl,” gruñó el hombre y luego ofreció una reverencia a Angharad. “Lord Thando Fenya, a su servicio. Siempre es un placer cruzar caminos con un compatriota malani en estas lejanas tierras.”

Una larga experiencia de haber sido objeto de ese tipo de ‘cumplidos’ por nobles malani permitía a Angharad mantener su sonrisa sin que se endureciera. El hombre, sin duda, no buscaba ofenderla; incluso, cualquier Pereduri de verdad se habría dado cuenta del poco tacto de esas palabras. En cambio, intentó recordar si había oído hablar alguna vez de la Casa Fenya, pero no le venía ninguna referencia. No parecía una casa muy famosa, al menos.

“El placer es mío,” respondió Angharad, con una sonrisa. “Estoy tan sorprendida como complacida por su invitación.”

Ambos compartieron una sonrisa de complicidad.

“Su presencia no resulta inesperada,” dijo Lord Thando amistosamente. “Nos esforzamos en estar atentos a cualquier posible recluta de las Islas.”

“Ella no sabe quién es usted, Thando,” dijo la capitana Nenetl, con tono divertido. “Su ‘nosotros’ debe parecer bastante misterioso.”

“Debo confesar que estoy algo desconcertada,” admitió Angharad.

Solo algo, porque ya le habían advertido sobre los posibles vínculos del hombre anteriormente.

“Ah, mis disculpas,” dijo Lord Thando, pero sonrió como un gato bien alimentado. “La Casa Fenya no es muy conocida, pero quizás haya oído hablar de los Jinetes Cantores.”

Las cejas de la noblewoman se alzaron en señal de sorpresa. Entonces, la sospecha de Valentina había sido acertada.

“Lo he oído,” afirmó. “Es la compañía independiente más grande que realiza contratos en las islas.”

“Se dice incluso que es la mayor de todas las compañías libres,” agregó Lord Thando con orgullo. “Mi tío, el capitán general Wela, la lidera. Mi linaje siempre ha proporcionado altos oficiales para los Jinetes Cantores, y es costumbre de nuestra compañía reclutar principalmente en Malan. Cuando mencionaron su nombre, Lady Angharad, despertó mucho interés.”

El rostro de Angharad se alisó en una expresión agradable. ¿Estaba a punto de ser avergonzada, revelada como una noble caída en desgracia en su primera noche de Tolomontera? Los demás le habían asegurado que no sería una trampa preparada por ninguno de esos dos, pero debía mantenerse alerta. Suficientemente alerta para mantener la sonrisa aún mientras se preparaba para la puñalada.

—Eso es halagador, mi señoría —dijo ella—.

—Deja de intentar, Thando; puedes intentar atraer a ella para tu grupo en tu propio tiempo —replicó la Capitana Nenetl con tono relajado—. La mayoría aquí en la Casa de Juego saben más de lo que deberían saber, Lady Angharad, ya que muchos provienen de familias cuya sangre es de negros profundo. Yo misma soy la nieta de un coronel de Lucierna, la fortaleza de vigilancia más cercana y sede de la administración de la guarnición en esta región.

—Aunque con el hijo del propio mariscal de Lucierna siendo estudiante, ella no puede decir que tenga las mejores conexiones en ese aspecto —añadió Lord Thando.

—Él no está aquí esta noche —respondió Nenetl, con un tono algo áspero—.

No eran aliados en verdad, decidió Angharad; simplemente eran dos personas que habían decidido unir sus recursos para organizar la velada. Eso le proporcionaba cierta tranquilidad. Si no tenían un frente común, era menos probable que representaran un interés personal que no compartían — y ella no había hecho nada para merecer el odio de los oficiales de una fortaleza de la que nunca había oído hablar antes esa noche. Sus anfitriones continuaron conversando con ella un poco más, pero tenían la obligación de entretener y pronto se despidieron. Sin embargo, antes de partir, Lord Thando la tomó aparte.

—Soy de la Quedécima Brigada —le dijo—. No dudes en acudir a nosotros si experimentas algún problema, Lady Angharad. Nuestro capitán estaría sumamente complacido en darte la bienvenida como una de los suyos.

Parecía que Song había tenido toda la razón. El intento abierto de atraer a otra cábala era inadecuado, pero ella se recordó que hacer eso no infringía las normas de la Scholomance. Que le

pareciera poco respetuoso quizás era solo su desconfianza hacia el hombre la que nublaba su juicio. Sin perder tiempo, Angharad se dirigió hacia las mesas, pues su garganta estaba seca y, en realidad, le apetece un pequeño refrigerio.

Además, Song le había pedido que averiguara lo que pudiera sobre otras cábilas, y era más fácil acercarse a desconocidos en ese tipo de reuniones. Antes de siquiera considerar beber, sin embargo, fue detenida por la presencia de un rostro familiar. Lady Ferranda Villazur, con su cabello recogido en un moño que no hacía justicia a su fuerte barbilla, estaba allí, seleccionando una copa de vino.

—Ferranda —llamó Angharad, sorprendida—.

La infanzona se volvió sorprendida, una sonrisa iluminando su rostro al reconocerse mutuamente.

—¡Angharad! —exclamó—. No había sabido que tu nave había llegado. Es una gran sorpresa.

—Apenas unas horas desde que atracamos —contestó Angharad.

—Entonces, justo a tiempo —dijo Ferranda—. La velada ha sido planeada desde hace semanas; si hubieras llegado después, te habrías perdido mucho. Todas las principales brigadas están aquí, y apuesto a que habrá mucho negocio y negociaciones entre copas.

Rápidamente, tomó una copa y la ofreció con una expresión interrogante. Angharad la aceptó; por su aroma, era vino tinto. La noble de piel oscura arqueó una ceja.

—¿Entonces también estás aquí para tramar, Capitán Ferranda? —bromeó.

Era solo una conjetura, pero Ferranda Villazur era patrocinada por la Academia y, por lo tanto, probablemente lideraba su cábala. La infanzona rió y no negó el título, lo que fue una confirmación.

—Por ahora, estamos bastante por debajo de su radar —dijo—. La mayoría de las brigadas con más de treinta años llegan tarde en esta cosecha; somos los novatos en comparación. Estamos cerca, como la Trigésimo Primera Brigada, pero aún en el rango.

Una ceja se levantó hacia Angharad en señal de observación.

—¿Qué escudo terminaste eligiendo, en fin?

—No solicitamos ninguno —dijo la Pereduri—. Reclamamos la Brigada del Decimotercero.

Ferranda estremeció.

—Mis condolencias —dijo ella.

—¿Es acaso el número realmente tan de mala suerte? —preguntó Angharad, con una sonrisa de lado, a regañadientes divertida—. No es la primera vez que alguien reacciona así.

—Trece años, emperadores y traiciones —citó la infanzona—. No hay suerte peor que...

Fue interrumpida y casi derribada por un hombre alto, vestido con un uniforme formal, que Angharad reconoció en un parpadeo.

—Ferra, no vas a creer a quién acabo de toparme. Tristan está aquí. Abrascal, quiero decir, no el hombre del Cuarenta y Cuatro.

El lord Zenzele Duma mostraba un entusiasmo abierto al contar esto, con una expresión que contrastaba con la gravedad en su rostro. Tenía una gruesa cicatriz donde había perdido un ojo, aunque el hueco no estaba vacío: un ojo metálico de forma redonda lo llenaba, pintado con destreza. Sin embargo, no era del cálido marrón de la mirada del lord Malani, sino de un pálido y extraño color que Angharad no olvidaría pronto.

Era el color de los ojos de Tupoc Xical, después de todo.

—Oh, disculpa —comenzó Zenzele cuando se dio cuenta de que había interrumpido—. Soy —¿Lady Angharad?

—Eso nos hace dos a nosotros —respondió Angharad secamente.

Él rió, mientras Ferranda rodaba los ojos, y ofreció su brazo para tomarlo. Angharad aceptó, mucho más animada por la cálida acogida. No sabía en qué lugar quedarían, una vez que las amenazas comunes del Dominio dejaran de colgar sobre sus cabezas.

—Una sorpresa más que bienvenida —dijo Zenzele, y se inclinó—. No supongo que puedas decirme por qué las primeras palabras de Tristan fueron una pregunta sobre el origen de las costillas a la parrilla.

La Pereduri se detuvo. El silencio se prolongó y ella se vio obligada a sonreír avergonzada.

—No lo creo —dijo Angharad.

La pareja se intercambió una mirada de complicidad.

—Aún en su camino —comentó Ferranda—. Como era de esperarse.

—Bueno, es un estudiante de la Krypteia —respondió Zenzele.

—No todos podemos ser Laureles ejemplares como tú —bromeó la infanzona.

—¿Entonces tú formarás parte de la Sociedad Arthashastra? —preguntó Angharad—. No pensé en preguntártelo antes de que partieras de Tres Pinos.

—Así es —contestó el noble, alcanzando una copa—. Por la vía diplomática, aunque nuestro patrón me dice que la distinción se confunde aquí en Tolomontera.

—Qué irónico.

Los tres se giraron en busca de la fuente de esa palabra. Angharad vio a un Malani, y uno que portaba en su porte una nobleza muy evidente. El extraño era alto y flexiblemente musculoso, con trenzas que caían hasta la mitad de su espalda, y su uniforme apenas funcionaba como aquel que alguna vez fue. Llevaba un abrigo negro suelto, sin botones hasta la cintura, abierto, revelando una camisa de seda carmesí que dejaba entrever una fina línea de piel hasta por encima del ombligo. Vestía también un medio-capa de seda y una espada a la cadera.

—Una hermosa sable, aunque algo ornamentada —observó Angharad.

—¿Disculpa? —preguntó Ferranda.

—Es irónico —sonrió el hombre— que alguien como él crea que puede ser un diplomático.

Zenzele frunció el ceño.

—No te conozco —dijo—. ¿Qué he hecho para merecer esas palabras?

—Soy Lord Musa Shange —resopló el hombre—. Ese nombre no te dirá nada, pero esto quizás sí: mi madre es hermana de la madre de Lady Arafa Sandile.

Angharad solo había escuchado ese nombre una vez, pero incluso si no lo recordaba claramente, la forma en que Zenzele se quedó inmóvil le habría revelado de quién estaban hablando. La otra mitad de aquel matrimonio concertado del cual había huido, la que involucraba a una hija de la reconocidamente rica Casa Sandile.

"Sí, esa Arafa," dijo Lord Musa con frialdad, sin que su reacción pasara desapercibida. "Rompiste el corazón de mi querida prima, Duma. La avergonzaste ante todas las damas de Malan al huir con una prostituta en lugar de cumplir con tu deber de casarte con ella."

Zenzele era un luchador hábil con espada y pistola, lo sabía Angharad, pero nunca lo consideró una amenaza. No sin razón, aquel hombre había hecho un pacto con la erudición. La expresión que apareció en su rostro cuando llamaron a Ayanda una prostituta casi la hizo reconsiderar esa opinión: un odio ardiente, como al cerrar el puño alrededor de un carbón caliente.

Era la mirada de un hombre que quería hacerlo lentamente.

"Así que eres un perro de la Casa Sandile," dijo Zenzele con desdén. "Eso explica tus modales."

"Me gustaría devolver tu insulto, pero incluso un perro sería un cumplido para alguien como tú," dijo con desprecio Lord Musa. "Al menos, veo que tu ramera ni siquiera llegó a Scholomance, aunque ¿qué más se podía esperar de un mantenido en la cama? Pero me ofende verte paseando como si pertenecieras aquí."

El noble malani se inclinó hacia adelante.

"Esta es una noche para compañía honorable, Zenzele Duma," se burló. "¿Con qué derecho asistes?"

La disputa ya comenzaba a atraer miradas hacia ellos. Otros invitados se volvieron para observar, algunos incluso se acercaron, pero Lord Musa no parecía preocuparse.

"No te corresponde decidir quién asiste a las veladas de otros, Nenetl," dijo Ferranda con frialdad.

"No le pertenece a un Sacromontano hablar cuando conversan los verdaderos nobles," desestimó Lord Musa.

La mano de Lady Ferranda se deslizó hacia su rapier, que el hombre notó con una media sonrisa. Como desafiándola a desenfundar, pensó Angharad. Las palabras y acciones de Musa Shange no eran indignas, pues estaba vengando una ofensa al honor de una pariente, pero eran... innecesariamente provocativas. No hablaba como un hombre que buscaba una resolución: buscaba provocar pelea. Aunque, pensó Angharad mientras observaba quién se acercaba desde el rincón de su vista, no tendría tiempo de pelear.

"¿Y qué parece ser el problema aquí?"

Los anfitriones hicieron su aparición. La capitana Nenetl, quien fue la que habló, parecía irada. El rostro de Lord Thando solo mostraba una máscara agradable, en cuanto a humor, si no en apariencia.

"Dejaste pasar a un perro sin honor, Thando," dijo Lord Musa sin prestar atención al Aztlán. "Supongo que fue un error honesto, pero debe corregirse."

"Eso es una acusación grave," dijo Lord Thando. "¿Qué te lleva a decir eso?"

"No importa," interrumpió bruscamente la capitana Nenetl. "No se permite ningún problema en los terrenos del Teatro."

"¿El honor para ti es un problema, Nenetl?" preguntó suavemente Lord Thando.

La mirada que le dirigió a su compañera anfitriona era muy oscura, y en un abrir y cerrar de ojos Angharad pudo distinguir toda su figura. Había visto aquel juego librarse una docena de veces antes, después de todo, justo fuera de los terrenos de duelo cuando los hijos de la nobleza se reunían para juegos casi tan delicados.

Lord Thando no había organizado esto, pero ahora que sucedía, ponderaba los beneficios y elegía en consecuencia. ¿Qué valía más: el favor de su Lord Musa o el de la cábala de Zenzele? La capitana Nenetl claramente no veía ningún beneficio en permitir esto y lo miraba con intensidad, pero ella era solo la mitad de los anfitriones. No podía poner fin a esto si se mantenía sola.

Y cuando el señor Musa Shange elevó su voz para denunciar las faltas de Zenzele ante los demás convidados, su viejo compañero defendió su honor a su manera—llamando a Musa un tonto violento, y la "vieja cuestión" de la indiferencia hacia los Rooks— Angharad supo que se estaba

gestando un duelo. El lord Musa había insistido con fuerza en ello y no quería ceder. Impetuosa, pensó, solo atendiendo a medias la disputa pública. También provocaba a Ferranda, como si la pelea importara más que quién era él para luchar. Pero, ¿por qué estaba tan seguro de salir victorioso?

Fue cuando el Lord Musa se volvió para dirigirse a los invitados en el jardín, quizás con el manto ondeando al viento, que Angharad halló su respuesta. Oculto bajo el fino paño de seda, había visto una vaina. Una espada de defensa, comprendió. Musa Shange era un espadachín diestro. Por eso creía seguro su triunfo, y Angharad no estaba convencida de que estuviera equivocada. La noblewoman vaciló.

Nunca había sido apropiado que un noble menor se entrometiera en los conflictos de los grandes señores, siempre lo había sabido. Sin embargo, Zenzele no era un gran señor, ni lo era Musa, y esto no era Malan. No obstante, Angharad no actuaba solo por ella misma, formaba parte de una célula secreta, y intervenir... Si no puedes hacer amigos, deja una impresión —le había encomendado Song. ¿No sería eso doblemente útil, brindar ayuda a estos dos? La calidez de su saludo no era motivo suficiente para actuar, sabía eso, pero seguramente esto podía considerarse una decisión estratégica.

Seguramente— repitió, dejando la copa de vino que aún no había probado, y acercándose a Ferranda.

—Cebo— susurró Angharad—. El hombre es un espadachín.

Los ojos de la infanzona se estrecharon.

—¿Seguro?—

El Pereduri asentó con gravedad y la otra mujer lanzó una maldición.

—Quiere arruinar la reputación de Zenzele— adivinó Ferranda—. Desde el principio. Convertirlo en un paria junto a Malani durante todo nuestro tiempo aquí.

A veces, era útil recordar que, aunque la Casa Villazur tuviera un noble rango menor, Ferranda había sido criada para ser su dama y conocía a hombres de mejor estirpe como los hermanos Cerdan mucho antes de que se unieran en el Dominio. No era tonta, a pesar de su falta de obligación, y casi no era ciega.

—Él busca una pelea— coincidió Angharad—. Y la tendrá.

La mandíbula de la infanzona se tensó.

—No puedo pedirte que—

—Olvídalo— la interrumpió,— quién crees que fue en realidad en quien se gastó esa moneda de Sandile.

Antes de que Ferranda pudiera responder, ella se apartó, y con calma se acercó al señor aún en oración. Musa Shenge la miró frunciendo el ceño por su interrupción.

—Da un paso—

—¿Afirmas— dijo Angharad— que hablas en nombre de la Casa Sandile?

—Así es— respondió el lord Musa—. Por la sangre compartida.

—Muy bien— asintió ella—. Entonces, tenemos asuntos de honor que resolver.

Zenzele, que la observaba con sorpresa, fue el primero en captar la situación.

—Señora Angharad— dijo con tono severo—. Puedo resolver esto yo misma.

—Hazlo cuando termine con él— replicó suavemente Angharad, manteniendo la mirada en Musa—. Un asesino al servicio de Sandile me envenenó y trató de matarme en mi cama, Musa Shenge. Si llevas el honor de esa casa en Tolomontera, te convoco ahora a que respondas en su nombre.

Musa Shenge se echó a reír.

—¿Otra chica a la que engañar, Duma?— se burló, lanzando una mirada a Zenzele—. Debes ser bastante bueno en la cama si ella está dispuesta a morir por ti.

El rostro de la noblewoman se endureció. Por desgracia, todavía era demasiado pronto en el proceso para azotarlo en la cara.

"Mi nombre," dijo ella, "es Angharad Tredegar. Insúltame otra vez y no consideraré que el honor quede satisfecho con la primera sangre."

Musa la miró con una sonrisa insolente.

"¿Esa acento — ¿Pereduri, acaso? Creí oler pescado podrido y mediocridad, ahí tienes el misterio resuelto. En cuanto a la primera sangre..."

La Malani apartó con rapidez la manga suelta de la camisa de su abrigo, revelando tres líneas negras tatuadas en su brazo, la primera comenzando en la muñeca. Hubo murmullos en la multitud, pues Lord Musa acababa de revelar que no era simplemente un duelista, sino que estaba a tres duelos de convertirse en un maestro de esgrima.

"Quizás seas tú quien deba preocuparse por ello, Tredegar. Vamos ahora."

Pero él no obtuvo la respuesta que esperaba, pues Zenzele soltó una carcajada tranquila y asintió ante la pregunta silenciosa de Ferranda, mientras Angharad comenzaba a desabotonarse su chaqueta. Ella habría intentado dejarla caer al suelo, mas un sirviente que pasaba la tomó y la dobló con cuidado. Servicio digno de elogio. Sin decir palabra, enrolló la manga izquierda de su blusa blanca. Cinco líneas plateadas quedaron expuestas, la última en su codo.

El Lord Musa Shange se quedó inmóvil.

"Permitamos un intercambio, Musa," dijo tranquilamente Angharad. "En respeto a tu inexperiencia, ofrecería usar mi mano izquierda, aunque soy tan hábil con ella como con la derecha. Entonces, ¿cómo puedo hacer de esto algo deportivo, me pregunto?"

Su mirada recorrió las mesas, más allá de las botellas, los vasos y los platos. Había un cuchillo para trinchar junto al asado que consideraba, pero justo al lado había lo que cortaría más profundo. Angharad dio un paso hacia la mesa y con destreza sacó un cuchillo para mantequilla, limpiándolo contra el borde del plato de mantequilla antes de volver a su oponente. Algunas risas y conversaciones animadas resonaron a su alrededor. Lord Musa se puso rojo de vergüenza.

"Te atreves," siseó él.

"¿Qué te quejas, Shange?" dijo ella. "Se supone que debo usar la herramienta para su propósito declarado: cortar mantequilla."

Fue una provocación demasiado grande. El hombre sacó su espada — una sable de filo simple como la suya — y luego mostró su mano no dominante. La espada de parrying tradicional para duelos, lo que significaba que era un esgrimista Malani clásico. El tipo de oponente con el que ella estaba más familiarizada. Angharad soltó su sable en funda de su cadera y lo arrojó a los pies del hombre, añadiendo la ofensa de lanzar la espada y la funda al mismo tiempo, al solicitar un duelo.

Implicaba que ella misma creía capaz de matarlo con lo que hasta entonces sostenía, en este caso un cuchillo para mantequilla.

Y más aún, Lord Musa, habiendo avanzado más allá de las formalidades en medio de su furia, se vio obligado a volver a poner su sable en la funda para poder desatar la vaina de su blade de parrying y lanzarla a sus pies. La torpeza le valió algunas risas sin amabilidad en la multitud, enrojeciéndole aún más las mejillas.

"Primera sangre o rendición," declaró Angharad. "Esperemos que aguantes al menos dos pases, después de tanto pavoneo."

"Por nada del mundo tendrás piedad de mí," gruñó Musa.

Angharad aflojó su postura, ensanchándola y apuntando con el cuchillo para mantequilla. Incluso en un duelo a primera sangre, habría sido una arrogancia por su parte tomar esa arma en particular, si no fuera por una razón. El Malani levantó su espada y Angharad vislumbró—

(Tres pasos, fingió ir hacia un lado y él dio un paso para golpearla en la frente con su propio arma.)

Ella exhaló lentamente. La Escuela Talon, entonces, solo ellos tenían tanta prisa por lanzarse a la pelea durante el entrenamiento con espadas.

(Tres pasos, fingió ir a un lado. Cuando él dio un paso hacia ella, ella se movió más rápido, le golpeó la rodilla. Él levantó el arma, cortándole el costado con la espada de parry mientras su

cuchillo deslizaba sobre su capa.)

Pensó en un paño grueso; la navaja de mantequilla no mordía en absoluto, a menos que el ángulo fuera justo. Pero había visto suficiente para actuar. Angharad levantó su arma, y mientras Lord Musa le lanzaba una sonrisa burlona, ella avanzó.

Un paso, dos, tres — fingiendo ir a la derecha.

Con fluidez, como una serpiente que ataca, Musa Shenge saltó hacia adelante. Pero su bota pulida ya se movía, pateándole la rodilla por debajo. Con medio tropezón hacia adelante, el ángulo se desenroscó, y su mano izquierda golpeó — solo que Angharad se apartó, atrapó la muñeca de su mano con la espada y sin pestañear dobló el brazo detrás de su espalda. Lord Musa gritó de dolor y sorpresa, cayendo de rodillas, y Angharad apuntó el golpe perfectamente.

El filo delgado de la navaja de mantequilla atravesó justo las costuras del abrigo, hundiéndose en su carne.

—No —gimió el malani, entre jadeos—. ¿Cómo—?

Los dedos de Angharad apretaron en torno a la navaja y la arrancó de su hombro. El hombre gritó, la sangre brotando y salpicando su capa. Ella se apartó antes de ser manchada, quitándole la sangre de la hoja opaca mientras tambaleaba para ponerse de pie. Lo observó de arriba abajo mientras él retrocedía con miedo, la mano en el hombro sangrante.

—Ve a limpiarte, Musa —le dijo Angharad—. Un noble debe tener estándares.

No había apuntado a una arteria, así que debía vivir. Si tenía suerte, incluso podría mantener la mayor parte de movimiento en ese brazo. Se retiró, como si quisiera huir pero demasiado avergonzado para ceder públicamente.

—Y una última cosa —lo detuvo, haciendo que se detuviera en seco—. Si alguna vez vuelves a insinuar que soy la dama de compañía de mi amigo, la primera sangre que derrames será una espada atravesando tu cerebro a la mitad. Asiente si comprendes, Musa.

La mirada que le lanzó era como el azufre, comparable incluso al Pandemónium, pero estaba demasiado atemorizado por la herida que le sangraba hasta el último aliento para prolongar esto. Musa Shenge asintió, apretando los dientes.

—Buen chico —sonrió tenuemente—. Puedes irte, ahora.

—Esto no será el final, Tredegar —reclamó aullando—. La Novena Brigada tendrá que responder.

—Buscaré un plato de mantequilla más grande, entonces —se encogió de hombros—.

Parecía como si le hubiera abofeteado la cara. Probablemente habría sido más amable si lo hubiese hecho, en realidad. Angharad no era una gran erudita, pero la victoria facilitaba la burla incluso a los bocazas más torpes. Y mientras Lord Musa Shenge se alejaba como un perro azotado para que

le atendieran el hombro, parecía como si toda la multitud respirara aliviada. El ruido estalló, no el estrépito grosero de una multitud, sino la emoción contenida de la buena sociedad tras la escena.

Cuando se volvió para enfrentar a sus conocidos, el rostro de Zenzele mostraba resignación y el de Ferranda, era impasible. Angharad vaciló, considerándose que quizás había llevado la situación más lejos de lo que ninguno deseaba. Había sido en su nombre, no en el suyo, pero... Su atención fue interrumpida por su acercamiento.

—Gracias —dijo Zenzele en voz baja—. Pero temo haber arrastrado a algunos de ustedes a un problema mayor del que aparentan.

Ella levantó una ceja.

—¿Hay algo inusual en esta Novena Brigada? —preguntó.

“Su capitán es Sebastián Camarón,” dijo Ferranda. “Es hijo del mariscal de Lucierna.”

“He oído que Lucierna está cerca de esta isla y que tiene cierta importancia en la Guardia,” reconoció Angharad. “Pero seguramente solo es un estudiante mientras está en Scholomance.”

Zenzele se inclinó más cerca.

“Alrededor de una cuarta parte de los soldados que guarnecen la isla fueron transferidos desde Lucierna,” susurró. “Y buena parte de los suministros que llegan a Port Allazei pasan primero por allí.”

Los ojos de Angharad se entrecerraron. Entendía que la familia era lo primero, pero lo que sugerían parecía ir más allá de los límites aceptables.

“Dudo que ninguno de los dos pudiera vencer a un iniciado en esgrima,” dijo Ferranda. “Te agradezco profundamente tu intervención y nuestra mano amiga doblemente. Sin embargo, no me ofendería si hicieras las paces con el Noveno, Angharad, quiero que quede claro. Nuestros problemas no tienen por qué ser tuyos.”

“Song es capitán, así que esa no es mi decisión,” admitió Angharad, y luego lanzó una mirada a las escaleras por las que Lord Musa había huido. “Pero no veo la necesidad de pedir perdón a un hombre que insinuó que soy una prostituta e insultó a la ducado de mi nacimiento. Si no fuera por las reglas de Scholomance, seguramente lo habría matado.”

Nunca había matado en un duelo de honor en Malan, pero si le hubiesen lanzado insultos tan fuertes, quizás habría llegado a hacerlo.

“¿Vino fuerte, no?” musitó Zenzele. “Conocía las reglas respecto a matar y probablemente se creyó más allá de las consecuencias. Todos deberemos aprender cómo funciona este lugar.”

Ninguno quería partir caminos después de esto, y así, cuando comenzó a hacer las rondas, fue con la ayuda del par para presentar a los demás. Era un torbellino de nombres y rostros, la mayoría

emocionados por hablar del duelo y cotillear, pero sin nada más serio que decir. Angharad no se sintió abrumada. No era muy diferente de presentarse en cualquier otro círculo social, aunque en lugar de un primo o una tía, eran Zenzele y Ferranda quienes hacían las presentaciones.

En realidad, no aprendió mucho útil, salvo que el capitán de la Cuadragésima Novena Brigada, un alto Tianxi, tenía una curiosidad insistente por saber quién más formaba parte de la Decimotercera Brigada. Sospechando enemistad con Song, evitó el tema y devolvió las preguntas hasta que él se fue irritado. Naturalmente, volvió a encontrarse con sus anfitriones. Lord Thando recibió una acogida fría por parte de los tres, y se disculpó con gracia. Conocía las reglas de este juego y sabía que su elección tendría consecuencias antes de tomarla.

Por otro lado, la capitana Nenetl recibió una bienvenida más cálida y ella misma era notablemente más amistosa que cuando conoció a Angharad por primera vez. Pronto quedó claro por qué.

“Supongo que el buen Sebastián estará detrás de ti con esto,” dijo Nenetl de manera distraída. “Siempre lo ha sido—si perdonas mi expresión—a un hijoputa de primera.”

Los tres que se enfrentaban a la capitán azteca eran de alta cuna, por lo que no fue difícil para ninguno pintar ese cuadro. Nenetl Chapul, cuyo abuelo fue un poderoso oficial en Lucierna, veía en las conexiones aún más poderosas de la capitán de la Novena Brigada en aquel lugar una molestia. Le sería mejor que ella quedara a un lado, quizás incluso que fuera relevada, y así tendría la mayor influencia sobre el contingente lucerano.

A Nenetl le pareció muy interesada en forjar lazos con quienes podrían oponerse a su rival, y aunque todos sabían que era mejor no comprometerse demasiado, la conversación resultaba amistosa. Quizá pronto organizarían una cena.

Tras separarse, Angharad se sorprendió al darse cuenta de que sonreía. No por cómo había transcurrido la noche, aunque le había parecido bastante buena, sino porque se sentía... tranquila. Cómoda. Las caras y las reglas no eran las mismas, pero ella reconocía este lugar. Este tipo de noche. Era casi como volver a casa, en cierto modo, y sería una mentira decir que no estaba disfrutando del momento.

Si no fuera por la oscuridad que cubría todo, podría pensar que nunca había dejado Peredur.

Entonces le vino a la mente que no había visto a Tristan en al menos una hora, pero al mirar a su alrededor no encontró rastro de su compañera. ¿Ya se habría ido? Lo más probable, pues siempre andaba en todas partes, como decía Ferranda. No había razón para sentirse culpable. Sin embargo, se disculpó con las otras dos para poder tomar una nueva copa y quizás echar otra ojeada en busca de la Sacromontana. Solo unos minutos después de saborear el primer trago de un vino pálido, Angharad fue abordada.

“Ah, la heroína del momento se encuentra sola. Debo aprovecharlo.”

Se giró al escuchar esas palabras y permaneció unos instantes para apreciar la escena.

La desconocida era casi tan alta como Angharad, aunque más estrecha de hombros y de complexión menos robusta. Sin embargo, poseía una figura completa, que resaltaba con la falda ajustada de su uniforme, similar al vestido con cuello y a la rodilla que llevaba Maryam, pero cortada para realzar sus atributos. En lugar de botones, una narrow abertura ovalada bajo el cuello caía casi hasta su esternón. No mostraba más que una franja de piel suave y oscura, pero insinuaba mucho más.

Llevaba pantalones negros ajustados y botas delgadas, coordinadas con el uniforme de la desconocida, que tenía sobre ella un capote de terciopelo, y los brazaletes dorados en sus muñecas tintineaban con un sonido suave y agradable al ofrecer su mano.

“Capitana Imani Langa,” sonrió.

Angharad tomó sus finos dedos, hizo una reverencia y le dio un suave beso en el nudillo. Cuando se enderezó, vio que la sonrisa de la capitana se amplió.

“Señora Angharad Tredegar,” respondió ella, “el placer es todo mío.”

“Eso es muy audaz, después del espectáculo que acaba de ofrecer,” rió Imani. “No es frecuente ver a una joven maestra de espada tan burdamente divirtiéndose a costa de alguien.”

El acento era leve, pero se volvía más claro a medida que la otra mujer hablaba. Decidió que era uthukile, pensó Angharad. Imani Langa procedía de la Isla Baja, y haber crecido hablando el dialecto Matabe le había dejado un acento en el Umoya que ahora compartían.

“Recibí una educación muy completa,” respondió Angharad, después hizo una pausa. “¿Estaría equivocada en suponer que usted también es de la Isla Baja?”

-Aguda observación. Solo por parte de mi padre, en realidad, aunque me crié en una aldea cercana a la frontera,” dijo la capitana Imani. “Debo elogiar la ligereza de su acento, aunque esas bonitas líneas plateadas en su brazo delatan su origen.”

Solo Peredur podía convertirse en bailarín espejo, aunque en realidad Angharad no sabía si eso era una antigua ley o simplemente costumbre.

“Uthukile y Peredur parecían distantes, casi opuestos, en otro tiempo, pero ahora esa distancia parece casi insignificante,” reflexionó Angharad.

“No importa cuán lejos estemos, los isleños llevamos nuestras disputas allá donde vayamos,” respondió la capitana Imani con tono seco, “¿y qué creen que pasó ayer...”

Ella tenía una sonrisa sumamente enigmática, pensó Angharad, pero se vio impedida de seguir reflexionando cuando un sirviente se disculpó por interrumpirlas y le entregó una carta doblada.

“De tu amiga de Sacromont,” dijo el sirviente. “Disculpas nuevamente, señoras.”

“No es nada,” desestimó la capitana Imani.

Angharad desplegó el papel, encontrando un garabato desprolijo en Antigua que esperaba por ella.

Imani tenía el ojo puesto en ella desde que habló con los anfitriones. Ten cuidado. Ferranda es querida, buena aliada. Evita el Cuarenta y Nueve, enemigos. Sigo una pista, no sé cuándo volveré.

Disimulando su sorpresa, Angharad volvió a doblar el papel y lo guardó rápidamente mientras le respondía con una sonrisa similar a la de Imani. Algunas cosas las archivó mentalmente — la popularidad de Ferranda y que el Cuarenta y Nueve debía ser eliminado — ya que esas cuestiones podrían abordarse más adelante. La primera era la más preocupante. Había muchas razones por las que podría haber llamado la atención de Imani Langa antes, y mientras algunas de ellas eran bastante halagadoras, otras resultaban mucho más peligrosas.

Luego de un breve intercambio de palabras, la otra mujer sugirió dar un paseo por el jardín exterior, y el estómago de Angharad se tensó con desconcierto, pues el balance parecía inclinarse hacia lo siniestro.

Ni siquiera pudo disfrutar de caminar entrelazadas de brazos en medio de un campo de flores, cuerpos rozándose, porque debía estar alerta ante instrucciones y venenos. Con una sonrisa encantadora, Imandi la condujo más allá de un muro desmoronado, fuera de vista, pero Angharad comprendió que esto no terminaría con suaves besos ni manos vagando. Contuvo la tensión en su cuerpo, para que no delatara que sabía que un intento así era inminente, y se preguntó cómo explicar las dos peleas que había tenido en una sola noche cuando la mano de la otra mujer subió hacia el escote de su túnica, los dedos buscando algo—

“¡Hija de las Islas, estás llamada al servicio,” dijo la capitana Imandi.

Y del generoso corte de su uniforme, no sacó un cuchillo, sino una pequeña moneda de cobre, que presionó en la mano de Angharad. No, no era cobre. Era madera, solo pulida y lacada. En un lado estaba tallado un caparazón de tortuga casco, en el otro una fina corona. Angharad solo conocía un tipo de madera que mantenía un color tan vivo sin necesidad de pintura: ese era el madera de hierro Malani. Demasiado valiosa para ser desperdiciada en un símbolo, a menos que estuvieras al servicio de Malan mismo. Angharad tragó con sequedad.

“Eres un ufudu,” susurró, y sintió inmediatamente que caía en un agujero.

Era una cosa llamar ‘tortuga’ a un agente de la Casa de la Mano Izquierda a espaldas, los chistes sobre su emblema estaban muy arraigados en cada rincón de las Islas, pero los sabuesos privados de la Reina Suprema no eran para que alguien como ella los despreciara. Incluso los izinduna más altos temían sus cuchillos y su talento para desenterrar los secretos más profundos.

Afortunadamente, Lady Imandi no pareció ofendida por la necia expresión que Angharad había soltado.

“Soy un dedo de la mano izquierda,” reconoció Imandi. “La Casa me ha encomendado transmitirte un mensaje y ofrecerte algo a cambio.”

La mandíbula de Angharad se apretó. ¿Qué tenía que decirle la misma corte que había borrado a la Casa Tredegar de su lista?

“Su Majestad Perpetua no aprueba el asesinato de Lady Anwar Maraire, a quien todavía recuerda con cariño,” dijo Lady Imandi. “Las circunstancias forzaron la deshonra de la Casa Tredegar, pero quienes estuvieron detrás de esa noche aún están siendo perseguidos.”

Angharad se quedó inmóvil. No podía saber si sentía un alivio profundo y absoluto o una furia ardiente que nunca había experimentado en su vida.

“Un prisionero fue capturado en Llanw Hall,” dijo Lady Imandi. “Conocemos su nombre. Los soldados que asesinaron a tu familia también son conocidos por nosotros. Hombres contratados.”

“¿Qué deseas?” preguntó Angharad lentamente, esforzándose en mantener un tono firme y sin temores.

“Hay un objeto en Tolomontera que pertenece legítimamente a la Alta Reina,” dijo la hermosa de ojos oscuros. “La Casa del Lado Izquierdo solicitan que lo recuperes en nuestro nombre y que se lo entregues a mí.”

Los ojos de Pereduri se entrecerraron.

“También estás en Tolomontera,” dijo Angharad. “¿Por qué necesitarías de mí?”

“Porque,” sonrió amablemente Lady Imandi, “no soy una bailarina de espejos cuyas conexiones en la Guardia atrapan miradas y malas sospechas.”

Lo que implicaba que el objeto estaba oculto en un lugar peligroso y que la Guardia estaría vigilando cualquier movimiento a su alrededor. Un trato absurdo en toda regla, y sin embargo, un sobreviviente. Una prima, se preguntaba, ¿una sirvienta? Dios dormido, solo el hecho de saber que no era la última... Todo eso y un rastro que ella podría seguir al regresar a Malan. La Casa del Lado Izquierdo la estaba manipulando, y solo un necio les daría la espalda.

¿Era Angharad una necia?

“Piensa en ello,” dijo Lady Imandi. “Y cuando decidas, encuéntrame.”

“¿Dónde?” apenas logró articular.

“En las Bóvedas Esmeralda, habitación diecisiete,” dijo Imandi.

La hermosa de ojos oscuros se apartó, aún sonriendo.

“Te estaré esperando.”

¿Soy una necia? se preguntó Angharad, observando cómo la otra mujer se alejaba. Y temió la respuesta, no porque no la conociera, sino porque en el fondo ya la sabía.

Lo era, y no había ninguna opción más.